

## Editorial

Frente a los problemas que el hombre moderno encuentra día a día en su vida social, han surgido diversas actitudes y filosofías. Algunas de ellas, con acentos pesimistas, afirman la irresolubilidad de estos problemas. Indican que el hombre está fatalmente condenado, por factores genéticos, impulsos subconscientes o determinismos innatos, a ser un lobo para sus semejantes; que las transformaciones estructurales de la sociedad humana no pueden hacer más que dar nuevas modalidades al cumplimiento de la ley de la selección natural; que el progreso es sólo una ilusión para ocultar el absurdo de la existencia, y que la libertad para actuar y elegir entre alternativas es una condena que desemboca en un laberinto. Sea cual sea la posición política de quienes sustentan estas actitudes, es obvio que sus afirmaciones resultan muy convenientes para la supervivencia de los sistemas de explotación existentes en muchos países. No tiene ningún sentido luchar contra la injusticia social si cualquier solución propuesta es inútil.

Otras actitudes, en cambio, se fundan en la fe en el continuo mejoramiento humano. Sin pretender utópicamente soluciones absolutas –puesto que el hombre es siempre perfectible–, afirman que la lucha contra las condiciones económicas y sociales que enmarcan la desigualdad y los conflictos entre los hombres tiene un sentido, y que es posible caminar cotidianamente hacia una sociedad más justa, en donde el ejercicio de la libertad no sea un obstáculo para la convivencia y la cooperación. Tal es el significado de la actitud que busca y promueve el desarrollo, y que es distinta del “desarrollismo” ingenuo de quienes pretenden imitar las etapas de crecimiento económico de los países poderosos –en donde la injusticia y el conflicto persisten, a pesar de todo, y cuyas políticas internacionales son en gran parte la causa de las injusticias y los conflictos que existen en los países débiles–. La actitud auténtica por el desarrollo no tiene por objeto a un sistema económico, sino al hombre.

Dentro del esfuerzo por la promoción humana, tiene primordial importancia la búsqueda de que todos los hombres puedan estar capacitados y libres de obstáculos para conocer el significado de su propia existencia, la verdad sobre la realidad que los circunda y los cauces por los cuales su libre actuación puede transformar y mejorar su mundo interior y exterior. Esta búsqueda exige el prestar una atención especial al justo y eficaz funcionamiento de las estructuras educativas, en cuanto éstas son o intentan ser formalmente los instrumentos transmisores de conductas sociales, valores y conocimientos –que puedan ser propicios o adversos al desarrollo–, así como a todos los mecanismos sociales que en diversas maneras contribuyen a que los hombres tengan tal o cual imagen de la naturaleza, de sus semejantes y de su propio yo, y aprendan determinado tipo de conducta social.

En América Latina –realidad múltiple que sin embargo posee elementos culturales y antecedentes históricos comunes, y que trata de encontrar caminos propios hacia el desarrollo–, la preocupación por la educación ha sido creciente en los últimos años. Cuba y Chile, Venezuela y El Salvador, Argentina y Brasil, México mismo, han puesto en acción distintos tipos de reformas educativas, de radicalidad y eficacia variables. Complemento y condición de posibilidad de estos planes de acción ha sido el interés constante y activo por la investigación y planificación educativa en Latinoamérica.

Puede afirmarse que, hasta la década de los cincuenta, la investigación educativa en América Latina fue prácticamente inexistente. La mayoría de los trabajos publicados hasta entonces sobre el tema se concentraban principalmente en las áreas psicológica y filosófica, y eran de carácter más especulativo que científico. Pero a fines de esa década podía notarse una creciente efervescencia por abordar los problemas educativos de nuestros países desde los puntos de vista de diversas disciplinas científicas, y de crear para ello marcos teóricos coherentes y metodologías rigurosas, de suerte que las investigaciones realizadas pudieran servir de base a una planificación eficaz. De esta tendencia nació, precisamente en América Latina, la idea política y científica del “planeamiento educativo”, que habría después de internacionalizarse. Su primera expresión fue el Primer Seminario Interamericano sobre Planeamiento Integral de la Educación, celebrado en Washington en junio de 1958, bajo los auspicios de la UNESCO. La misma UNESCO auspició los esfuerzos realizados durante el periodo 1960-1970 –bautizado como Primer Decenio del Desarrollo– por medio de su Proyecto Principal Número Uno, entre cuyos objetivos para la región estaba el aumentar el gasto educativo público. La Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina, celebrada en Santiago de Chile en 1962, dio el espaldarazo oficial a estas tendencias en favor de la investigación y planificación educativa. En 1966, otra reunión internacional de representantes oficiales latinoamericanos, también con sede en Santiago, puso el énfasis en la necesidad de racionalizar los sistemas de financiamiento de la educación. En la misma década de los sesenta, otros organismos internacionales, aparte de la UNESCO, han también propiciado el crecimiento de la investigación y planificación educativa latinoamericana, como la OEA, que organizó varias Reuniones Técnicas para el Planeamiento Educativo, y la OECD, que diseñó los planes para mejorar el aprovechamiento de recursos humanos que han sido puestos en movimiento en Perú y Argentina.

Al abrirse la década de los setenta, en suma, la investigación y la planeación de la educación latinoamericana son ya realidades, que distan sin embargo enormemente de ser satisfactorias. El aspecto negativo más notable de ellas es, quizá, el énfasis de muchos de nuestros países en imitar las soluciones y perspectivas de las sociedades de consumo de los países llamados desarrollados. Se ha concebido a la educación, a veces demasiado unilateralmente, como un instrumento al servicio de los sistemas económicos vigentes, y se han propuesto cambios y reformas en función de hacer al hombre educado un servidor más apto de esos sistemas, sin plantear el problema previo de que esos sistemas pueden contrade-

cir abiertamente el mejoramiento humano, meta del desarrollo y de la educación. Se ha pensado en el fenómeno educativo como en una entidad abstracta capaz de convertirse, mediante la investigación y la planeación, en una panacea universal, sin advertir que los procesos educativos son parte de un sistema social complejo. Tal concepción de la educación explica el violento rechazo que se advierte en algunas corrientes de pensamiento en América Latina, que buscan abolir por completo los sistemas escolares, por considerarlos esencialmente alienantes.

Otro aspecto negativo, unido tal vez al anterior, es la falta de participación de instituciones latinoamericanas en cuanto tales en el desarrollo de la investigación y planeación de la educación en nuestros países. Las universidades latinoamericanas, por ejemplo, han estado prácticamente ausentes, en cuanto a instituciones, de este desarrollo. Las iniciativas han venido más bien de organismos internacionales –no siempre libres de presiones colonialistas– o de particulares, educados muchas veces fuera de América Latina (v. gr. en universidades norteamericanas o en el Instituto Internacional de Planeación Educativa de París). Esto no tiene por qué ser necesariamente negativo, pero hace pensar en la necesidad de buscar soluciones propias a nuestros propios problemas. Más aún, hace pensar que, en muchos casos, nuestros propios problemas no han sido ni siquiera planteados auténticamente, sino que incluso los planteamientos han sido importados.

Quizá la forma de llegar a planteamientos no enajenados sea abordando directamente el fenómeno de la educación como parte de un sistema social integral, y estudiando rigurosamente sus vinculaciones estructurales en este sistema. Dentro de esta perspectiva, los problemas más urgentes en el campo de la educación serán susceptibles de un análisis más realista. Por ejemplo, la necesidad de asimilación –y, previamente, de generación– de innovaciones tecnológicas que favorezcan los procesos de aprendizaje, especialmente en el área de comunicaciones, o la necesidad de crear sistemas administrativos que aprovechen los recursos, escasos en muchos aspectos, en forma óptima, sólo pueden ser entendidas como enclavadas en una realidad social de dependencia tecnológica, imperialismo internacional y colonialismo interno, y de estructuras políticas que responden más a los intereses de grupos privilegiados que a objetivos de justicia y racionalidad. Más que fórmulas basadas en técnicas puramente cuantitativas –las cuales, por otra parte, están ya dominadas suficientemente–, es imprescindible el examen cualitativo de nuestros sistemas escolares, unido a una especial atención a las actividades de educación informal, que sitúe a la educación de los países latinoamericanos dentro de una dinámica integral de desarrollo humano.

En este marco, es obvia la necesidad del diálogo y cooperación interlatinoamericana. Para librarnos de las ayudas de países poderosos que nos crean lazos de dependencia, es preciso ayudarnos entre nosotros mismos. Y es necesario empezar por un nivel aún más elemental, creando canales de comunicación para dar a conocer lo que en Latinoamérica se hace para entender y solucionar los problemas educativos; nuestra ignorancia al respecto es increíble. Es preciso romper las amarras del colonialismo intelectual y cultural, que nos hace muchas veces vivir con la vista magnetizada por Europa y Norteamérica, y nos impide conocer nuestra realidad y comprometernos con ella.

La *Revista del Centro de Estudios Educativos* intenta ser una modesta contribución al diálogo y la cooperación en materia educativa entre los países de América Latina, proporcionando un medio especializado de expresión a todos aquellos que estén interesados en esta problemática. La Revista no está cerrada a ningún tipo de ideas o ideologías: se abre a todo esfuerzo por plantear seriamente nuestros problemas reales.

CENTRO DE ESTUDIOS EDUCATIVOS, A. C.